

El Boletín

AÑO XXXIII

ABRIL A MAYO DE 1968

NUMERO 2

SEMINARIO EVANGELICO — RIO PIEDRAS, PUERTO RICO

Sumario

**EL AMOR DE DIOS Y EL DOLOR
Y EL SUFRIMIENTO HUMANO**

Por el Prof. José A. Cardona

¡JESUCRISTO ES SEÑOR!

Por el Prof. Jorge V. Pixley

ESCRITURA Y TRADICION

Por Ricardo Pietrantonio

El Amor de Dios y el Dolor y el Sufrimiento Humano

POR EL PROF. JOSE A. CARDONA

El objeto de este brevísimo y superficial estudio es la exposición y el análisis del difícil problema del dolor y del sufrimiento del ser humano frente al amor y a la misericordia de Dios. Mentees muy esclarecidas pertenecientes al cristianismo han estudiado con pasión este problema sobre el cual han propuesto una diversidad de opiniones. No es menos cierto que una gran mayoría de creyentes con limitada preparación académica, pero con riquísimas experiencias de la vida cristiana, también han arrojado luz sobre este asunto, en forma jamás sospechada.

Debe advertirse desde el principio que este trabajo se limita al campo cristiano sin entrar en las variadas formas que lo pueden ver la filosofía y la ciencia. Eso no quiere decir que se excluyan totalmente estas disciplinas, ya que a veces un problema religioso se configura en un marco filosófico o en uno científico.

Para cumplir la tarea que aquí se propone se usarán tres fuentes principales, a saber: la Biblia, las experiencias de algunos creyentes y la historia de la iglesia. Parece ser de la mayor conveniencia hacer un análisis general de los términos amor y misericordia en su aplicabilidad al Dios nuestro.

Se dice que la mejor definición que la Biblia ofrece sobre lo que es el amor la expresa San Pablo en su carta de 1º Corintios 13. Es innegable que en este capítulo de la carta paulina el amor tiene una estrecha relación con el sufrimiento.

El estudio exegético del pasaje en estudio revela que los seres humanos no pueden condicionar el amor a la preparación que ellos puedan tener en el orden teológico, filosófico o científico. Dice el Apóstol:

“Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía y *entendiese* todos los misterios y toda *ciencia*, y si tuviese *toda la fe*, de manera que traspase los montes, y no tengo amor, nada soy.” (I Corintios 13:1-2).

Tampoco es el amor un engendo de una obra filantrópica, ni la meración del cuerpo humano en sacrificio por tal o cual causa:

“Y si repartiase todos mis bienes para dar de comer a pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve.” (I Corintios 13:3).

Parece obvio que el amor del cual nos habla la Biblia es una naturaleza que el creyente desarrolla, para enfrentarse a las negatividades de la existencia. El amor que proclama el cristianismo, es uno que sabe sufrir, que brega con la envidia, la jactancia, el orgullo y otros factores sin que éstos arruinen la persona. Vuelve el Apóstol a decir:

“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece. . . *Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.*” (I Corintios 13:).

La inferencia que se deriva de estos principios paulinos es que el amor no es un recurso para eliminar el dolor y el sufrimiento, sino una condición que se crea en el ser creyente, para bregar y para enfrentarse a las cosas negativas del ser. El sufrimiento en sí no hace a nadie amoroso, por lo contrario, el adolorido reniega, vive en el valle de sombra de muerte. Los dolores, como tales son desagradables, desesperantes, angustiosos y a él estamos todos sometidos. Dice la Biblia:

“Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tenei todos; ni tienen más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad. (Eclesiastés 3:19).

“Todo acontece de la misma manera a todos; un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno, al limpio y al no limpio; al que sacrifica, y al que no sacrifica; como al bueno así al que peca, al que jura, como al que teme al juramento.” (Eclesiastés 9:2).

Estas consideraciones corresponden al énfasis que daba el escritor de Eclesiastés a la acción y a la experiencia humana aquí en la tierra. Los seres humanos son parte de la creación; cambiante, moveidza, fugaz, etc. No obstante el mismo escritor no deja al ser humano en el vacío, pues asegura lo siguiente:

“El fin de todo el discurso oído es: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos, porque esto es el *todo* del hombre.” (Eclesiastés 12:13).

Dicho de otra manera, para el pueblo judío y para el pueblo cristiano Dios rige toda la vida tanto en la hora de la felicidad, como en la hora del dolor y del sufrimiento.

El fin del ser humano no es escapar y librarse del dolor, pues eso está latente, en potencia, en su diario vivir. Pero esto no quiere decir que el creyente se encuentra en un completo abandono en la hora de su amargura y de su angustia, porque detrás de todo eso Jehová lo sustentará en el lecho del dolor. Aquí no dice que Jehová eliminará el dolor sino que sustentará al adolorido.

La mejor referencia al dolor la provee Dios mismo. Como creyente, el cristiano sabe que voluntariamente, sin ser obligado por algo, Dios se limitó a sí mismo, al dolor y al sufrimiento, cuando en Jesucristo sufrió más que lo que el hombre pueda sufrir. Es muy diferente el dolor de Cristo, que pudo eliminarlo, si lo hubiera querido y no lo hizo. Pudo haber evitado la cruz con todas sus consecuencias y no lo hizo. El hecho de que El se hiciera hombre de carne y hueso es el hecho de aceptar el dolor y el sufrimiento con todo lo que estos implican. Pablo dice: "Ahora me gozo en lo que sufro por vosotros y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo, por su cuerpo, que es la iglesia." (Colosenses 1:24).

Son muchos los lugares escriturarios dónde se menciona la palabra amor con referencia al cristiano. El significado que éstos le dieron al vocablo amor puede ser de ayuda para el tema que aquí se trata, pues por cuestiones lingüísticas puede haber confusión sobre el particular. La lengua española usa el verbo amar con significados diversos, cosa que no sucede con la palabra usada bíblicamente. He aquí un somero análisis sobre esta cuestión.

Existe un amor que resulta de las relaciones y la naturaleza de la familia, y que en griego se decía *storgé*. No existe parte alguna en la Biblia que se use tal término. Entre amigos hay un amor que en el griego se decía *filía* y esta palabra se halla en varias partes del Nuevo Testamento. Llama profundamente la atención un amor que se acuñó en el mundo filosófico, como en el platonismo y que es el *eros*. Este vocablo implica un deseo ferviente, casi una ansiedad por poseer algo que una persona cree que la completa. Puede que una persona desee ser un artista, pero carezca de las capacidades para llegar a serlo. Debido al *eros* busca casarse con alguien, dependiendo de quien sea, para sentirse artista, para llenar el vacío que siente. En ninguna parte de la Biblia se encuentra el uso de este término.

La Biblia usa un término, *agape*, para el amor. Este ni tiene la acepción de los tres amores arriba mencionados. En el Nuevo Testamento *agape*

significa darse por otro in que este otro tenga que completar al que da el amor. Es que este otro carece de valores eficientes. De modo que *agape* se aplica a Dios, porque El no necesita de cosa alguna para ser lo que es. Resulta, pues, que Jesucristo es el amor de Dios dado a las criaturas, y estas, camparadas con Dios, nada son. ¿Y qué caracteriza esta *agape* o este amor? Nada menos que el dolor que redime, la amargura que crea, el sufrimiento que paradójicamente se hace fortaleza, la desesperación que tranquiliza. “Así está escrito y así fue necesario que el Cristo padeciese.” Lucas 24:46. En la hora de la decisión plétora de amargura, Jesús dice a los suyos: “En el mundo tendréis aflicciones”. Juan 16:33. Aunque el sufrimiento de Job no es dolor de Dios, en el libro dice: “Porque la aflicción no sale del polvo, ni la molestia brota de la tierra, pero como la chispa se levanta para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción.” Job 5:7. La persona que no es cristiana sufre, y muchas veces se entrega a un determinismo, o a “algo que tuvo que suceder”. El cristiano parece que se desespera porque piensa que a él no le debe suceder nada doloroso porque Dios está con él. Tal creyente no se da cuenta que creer en Dios es aceptar la vida y la creación, como cosas caídas, pero gimiendo por redención, que bien lo ofrece el Padre amoroso.

El amor de Dios tiene su más alta expresión en Jesucristo, y este es un amor redentor, y todo amor redentor es doloroso. Dice Juan 15:13: “Nadie tiene mayor amor que este, que ponga uno su vida por sus amigos.”

Después de estas consideraciones, uno se pregunta, ¿vale la pena ser cristiano si así es el amor y la misericordia de Dios ya que el dolor es inescapable? ¿Para qué orar y para qué adorar a Dios, si suceden tantas cosas dolorosas al creyente? ¿no será más conveniente creer en un determinismo, o ser destinistas o fatalistas?

Con todas y las dificultades que puedan presentarse a este problema, la perspectiva más adecuada para iluminar la relación que hay entre el amor y la misericordia de Dios frente al dolor y el sufrimiento humano, la ofrece el Apóstol Pablo cuando dice: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas, nuevas, y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación”. (II Cor. 5:17-18).

La conversión de una persona, como implica el término conversión, es un cambio radical en su personalidad. A esto le llama Pablo “la nueva criatura.” Esto no se refiere a un cambio físico del ser, pues Juan, físicamente se sigue llamando Juan, y Amelia se sigue llamando Amelia, y la sociedad los reconoce como tales. Tampoco “la nueva criatura” se refiere

a que el ser humano dejará de tener dolores y amarguras, pues tanto Juan como Amelia los tendrán, ya que lo físico se deteriora. Debe recordarse que la Biblia dice: "El hombre, como la hierba son sus días; florecio como la flor del campo, que pasó el viento por ella, y pareció, y su lugar no la conocerá jamás" (Salmo 103:15-16).

La nueva criatura es algo que se experimenta, en un diario vivir en Dios, pero no se puede medir. Se produce en cambios radical en los valores últimos de la persona. Es un mundo nuevo que se descubre en la existencia. El mundo y las cosas se "ven" diferentes, la vida se hace de cuatro dimensiones: ancha, larga, honda, y alta, a pesar del dolor.

Una de las grandes fallas del hombre en casi todos los tiempos es que examina y contempla al otro sin detenerse y a contemplarse a si mismo. El autoexamen necesita normas y criterios. En el caso del creyente en Cristo sólo hay una medida y eso es Jesucristo. No hay otra norma, sea ésta intelectual, económica, o social, pues Jesús enseñó que sin El nada es el ser humano. Cristo enfatizó que este mundo es perecedero, que toda pasará, y no obstante, paradójicamente, El estará con el que cree para siempre. El himno que lleva por título "No puede el mundo ser mi hogar" implica el descubrimiento de otro mundo, otra cosa mejor, que es una realidad para el que cree.

Cuando se está en una muy buena posición económica, social, etc. pero sin haber descubierto ese "mundo" de Cristo, que es la nueva criatura, el dolor y la enfermedad, hunde al humano, lo mantiene en una noche de desesperación sin significado. El que ha descubierto el otro mundo, o sea, la nueva configuración de la personalidad en Cristo, siente dolores como el otro no creyente, pero hay un "algo", una experiencia, que tonifica la vida. Lo que ha sucedido es que uno vive en un mundo muy radical del otro.

De acuerdo con personas muy versadas en los mecanismos de la personalidad, cuando uno es niño en sus años mas infantiles, sólo teme a dos cosas; al ruido, y el temor de caerse. Todos los demás miedos las va el niño fabricando durante su crecimiento, en su ambiente hogareño, en sus contactos con los grupos sociales, al escuchar y vivir en las supersticiones que le rodean, etc. Siendo el miedo un fenómeno destructor, la causa de tantos dolores y sufrimientos, Dios nos asegura que el verdadero amor echa fuera el temor. Lo que sucede es que a veces uno cree que ama a Dios, pero falla cuando llega la hora de la prueba. El amor de Dios no es un simple recurso para que a uno no le suceda algo, porque ese algo tendrá que sucederle en cualquier momento de la existencia. Lo que sí es y nos garan-

tiza el amor de Dios es que el que cree en Cristo no se perderá sino que tendrá la vida eterna.

¿Y qué es la vida eterna? La Biblia contesta esa pregunta y dice: “El que cree en el hijo tiene vida eterna.” (Juan 3:36). “Os digo, el que cree en mí, tiene vida eterna.” (Juan 6:47). “¿A quién iremos? Tu tienes palabras de vida eterna, Y ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti.” Juan 17:13.

Esa confianza que tiene el cristiano en el amor de Dios, tiene grandes efectos secundarios, Un eminente hombre de Ciencia, según un artículo que publicó, dice, que él ha visto una actitud muy diferente entre personas creyentes cuando van a una mesa de operación y a las que no lo son. Es más se dice que la recuperación en muchas personas de fe en el amor de Dios es mucho más rápido, que en aquellas que no lo son.

Si se examina la historia de la iglesia se fortalece más y más el hecho de que el dolor, en sus diferentes manifestaciones, es tan parte de la existencia misma, como la respiración, la risa, etc., pero de un aspecto desagradable, a veces a lo sumo. En muchos casos el dolor es bienhechor, pues evita consecuencias peores a los individuos, y en otros casos conduce a experiencias inexplicables si no se tiene el marco de Dios y de la fe.

Lo que más caracterizó a la iglesia de los primeros siglos era el sufrimiento y el dolor que tuvieron que experimentar los creyentes; no ese dolor que aparece sin uno buscarlo o desearlo, sino el dolor que se apetecía, el dolor de los que morían como mártires sin rehuir a su significado. Sólo se presentarán algunos ejemplos, dejando a un lado el de Jesucristo por saberse ya tan bien.

Ignacio de Antioquía fue lanzado a las fiestas en Roma durante el reino del Emperador Trajano. Durante su viaje, como prisionero de Antioquia a Roma escribió 7 cartas, y en la que escribió a sus hermanos en Roma les suplica que no evitaran ni nada hicieran por evitarle el dolor y el martirio que él tenía que experimentar.

Uno de sus compañeros de viaje se llamaba Policarpio y fue más tarde ejecutado. Se presentó al martirio con un valor indescriptible. Cuando se le ofreció librarse del sufrimiento de una muerte violenta dijo: “Si el Señor Jesucristo me ha sido fiel y me ha acompañado en toda mi vida, por qué lo voy yo a dejar en unos minutos que me quedan.” Y así murió.

El amor de Dios sólo puede medirse por la vida constructiva que El nos da, que hace que el sol salga para buenos y para malos, del que nos viste

mejor que los lirios del campo y nos alimenta mejor que a las avcillas, pero todo esto como medio transitorio a una vida que sólo tiene significado en Cristo. Pero el asunto no termina aquí.

El Dios amoroso expresó su amor en el dolor y el sufrimiento de Cristo, es también el Dios de la misericordia y de la compasión;

En el Salmo 91 hay una garantía del ciudadano del Altísimo para con los suyos. Sólo escúchense los versos 14-16.

“Por cuanto a mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre. Me invocará, y yo le responderé; con el estaré yo en la angustia; lo libraré y lo glorificaré. Lo saciare de larga vida y le mostraré mi salvación.”

En Gálatas 5:22 se añade a lo arriba dicho:

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo y paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, etc.

Este somero estudio no puede cerrarse sin ver el amor de Dios en su implicación escatológica. Casi todos vosotros sabéis que la escatología es la parte de la enseñanza cristiana que tiene que ver con el destino final del mundo. Y en las Sagradas Escrituras eso se enfatiza, principalmente en el libro de Apocalipsis o Revelación.

Ninguno de los aquí presentes ha participado de aquellos momentos tan dolorosos de los que participaron los fieles de Cristo en el tiempo del Emperador Domiciano (81-95 A.D.). En el último libro de la Biblia lo que hay es angustia y dolor para los creyentes, que se hacían la misma pregunta de ustedes: ¿Donde está nuestro Dios amoroso y lleno de misericordia cuando vemos a los creyentes degollados, donde el mal campea por doquier y al lamento le sigue la espada y no encontramos el socorro?

Dice: “Y abrió su boca en blasfemia contra Dios, para blasfemar de su de su tabernáculo, y los que moran en el cielo. Y se le permitió hacer guerra contra los santos y vencerlos.” (Ap. 13:6-7).

Los capítulos finales del libro de Apocalipsis dan una descripción en términos que uno pueda entender sobre el destino final de los seres humanos. léase, por ejemplo, lo que dice el capítulo 21:4 de este libro y el capítulo 22:3.

“Enjuagará Dios toda lágrima de los ojos de ellos, y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron.

Y no habrá más maldiciones; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella; y sus siervos le servirán.”

Todo creyente vive por las promesas que Dios ha dado en su Sagrada Biblia y por lo que siente en aquellos que relatan sus experiencias aleccionadoras. Pero estas son muy difíciles de entender para los que no están envueltos en una vida cristiana profunda. Hoy hay mucho tiempo para leer revistas, libros, periódicos, cosas que son necesarias y tiene sus bondades, pero casi no hay tiempo para detenerse al estudio serio de la Biblia, a la oración intensa. Su buscan las soluciones a los problemas más urgentes de la vida, como lo es el dolor y el sufrimiento, en fuentes, que, aunque tienen su valor, no dan la tónica más significativa. Ningún aspecto de la vida humana es de fácil solución, pero Dios dice:

“Es pues la fe, la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve, porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos.” (Hebreos 11:1-2).

De esta breve exposición pueden derivarse algunos principios, que, aunque no son absolutamente concluyentes, arrojan algunas orientaciones relativas al dolor y al sufrimiento de los seres humanos a la luz del amor y de la misericordia de Dios.

1. Tanto el dolor como el sufrimiento son partes de la vida misma, como lo son la risa, la alegría, la sensación de bienestar. Así está constituida la persona. Con raras excepciones así lo reconoce la ciencia, la filosofía, y la Biblia. El dolor se puede eliminar, destruyendo el sistema nervioso, o en alguna forma sometiendo a la persona a un estado de inconciencia o de placidez por drogas, o dicho de otra manera, destruyendo la personalidad.
2. El dolor y el sufrimiento son, en muchas ocasiones, un útil recurso que usa el cuerpo para dar aviso importante de que algo malo hay en los organismos que lo componen. Dicho más sucintamente, hay muchísimos dolores que evitan o señalan otros dolores más desastrosos.
3. De acuerdo con lo que se conoce en la historia del cristianismo y de la iglesia, sumado a las innumerables experiencias de los creyentes humildes que hablan de estas cosas cada día que pasa, sabios y no sabios, en las horas más lúgubres y en situaciones de inconmensurable

dolor, jamás han dudado del amor y misericordia de Dios. Puedese mencionar los casos de San Bonifacio, misionero a los alemanes, asesinado cuando celebraba un servicio en honor a Dios; a Juan Calvino, tuberculoso, que sólo dormía dos horas para honrar a Dios por medio de sus escritos; a Bonhoeffer, ahorcado por órdenes de Hitler, quien usó su última noche de vida para terminar una obra de teología; a San Pablo, que le cortaron la cabeza.

4. El dolor y el sufrimiento humano respecto al amor y la misericordia de Dios es más entendible al que confía que la vida aquí no es el todo del ser, si se vive con la confianza que fuera de lo físico, de lo temporal, de lo transitorio hay una realidad que le da el sentido último al ser.
5. Es un hecho innegable que el hombre está rodeado de misterio de todos los órdenes de la vida. Hay tantas cosas que uno jamás sabrá, aunque brega con ellas. Eso se da en la ciencia, en la filosofía, en la religión, De modo que en el dolor y en el sufrimiento hay aspectos para los cuales no hay explicación, pero como creyentes, al amparo del amor de Dios y de su misericordia, que también tienen sus misterios, hay un sentido que le puede dar a la existencia. El primero en reconocerlo es el Apóstol Pablo cuando dice:

“Más hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria.” (I Cor. 2:7).

“He aquí os digo, un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados.” (I Cor. 15:51).

6. El dolor y el sufrimiento pueden contemplarse como un azote inescapable, el cual nadie puede resolver y que sólo tiene una solución; la muerte y la terminación del ser humano. Esto conduce a la persona a un materialismo. Pero el dolor y el sufrimiento humano, aunque tienen situaciones que no se pueden explicar, son parte de la vida, pero de una vida que tiene significado último en Dios. Si amamos al Dios que nos da las grandes bendiciones, el dolor y el sufrimiento no son más que un factor de esa totalidad que es la existencia y el cristiano se dice por esto último.